dades, visitarlas durante cierto tiempo del año y calificarlas e invitarles para llevar sus productos a la exposición, que se haría en un año, general de todo el país, en un lugar como Cartago, y el siguiente en Alajuela, que son las ciudades intermediarias en toda la Nación. Estos miembros, luego asesorados por expertos extranjeros sobre ganadería e industria, calificarían a los productores y productos de estos esfuerzos y los aconsejarían con sus luces, fijando menciones honoríficas y premios en metálico para los que hubieran formado los mejores hatos o crías de aves, abejas, y hubieran producido los mejores productos industriales, no los que pudieran exhibir por mera curiosidad, sino a aquéllos que con su esfuerzo hubieran llevado al país un progreso y un producto ejemplar. Y no como vimos en la exposición de Alajuela, ganados cubiertos de garrapatas y de tórsalos que no eran esos bichos de los que se trataba de exhibir; y como por añadidura, la ley de la República castiga a los propietarios de tales animales infestados y deben ser penados por permitirlos en ese estado, deberían los encargados de recibirlos, aplicarles la sanción legal y devolverlos a su dueño.

Yo creo que de este modo la exposición tendría un fin útil, ordenado, meritorio y de este modo se estimularía el esfuerzo de los productores nacionales y serviría de norma y modelo para graduar y calcular la riqueza y los progresos de Costa Rica. No es el que exhibe una vaca bonita el patriota costarricense, es el que produce unas vaquillas modelos o produce harina nacional en sus campos, o en sus talleres de industria elabora objetos dignos de mérito.

ADÁN SABORÍO

Doña Francisca Otoya de Steiples

(En torno a los restos del Mariscal La Mar)

Por el Dr. Don Enrique D. Tovar y R.

En su libro "El Gran Mariscal José de La Mar", Luis Alayza, reproduce párrafos de las memorias inéditas de Echenique, en los que se describe la forma cómo Gamarra "amarró" al Presidente de la República. Según el más tarde General Echenique, fué el Teniente Coronel don Miguel San Román quien arrestó a La Mar y al Coronel Bermúdez, éste jefe del Estado Mayor General a la sazón. El cuartelazo o "amarrada", efectuóse el 7 de junio de 1829, en Piura, y ambos presos fueron conducidos, a caballo y entre soldados, al puerto de Paita, y dos días después se les embarcó "en una miserable goletilla denominada *La Mercedes*", con rumbo a Costa Rica, según narración de José Antonio de Lavalle.

Al amanecer del 23 de junio llegó la goleta a Puntarenas. Provocó inmensa sensación en el destartalado puertecito costarriqueño la noticia de que

llegaba en *La Mercedes*, el derrocado Presidente del Perú y otros personajes; y tanta fué la confusión, tantos fueron los debates y cambios de ideas entre miembros del Ejecutivo y del Legislativo en torno a los involuntarios huéspedes del Estado, que pasaron así algunos días, y todavía el 6 de julio hizo el Gran Mariscal su ingreso en la capital josefina. El malogrado historiógrafo y Expresidente de Costa Rica, Licenciado don Cleto González Víquez, dice que "es de suponer que aquel 6 de julio no quedó bicho viviente en su agujero; que la calle del Paso de la Vaca desde el Torres hasta el centro de la incipiente capital debió hallarse cuajada de curiosos; que por primera vez quizá se oyó el estampido de los tres cañones comprados en 1826 al celebérrimo ingeniero e inventor inglés Mr. Trevithick, quien los había traído precisamente del Perú; que las bisabuelas de las actuales deidades josefinas, que tanto trastornan el sentido de quienes caen en la red de sus encantos y que tanto gancho tienen para el extranjero, acudieron con ridículos perifollos, pero con rostros de querubines, a ver si flechaban al benemérito viudo o a su jefe de Estado Mayor, que era un solterón, o a los otros oficiales que calcularon que traería en su guardia el Presidente La Mar y que habían de ser apuestos donceles. Es casi seguro, también, que salieron al encuentro de la partida el Jefe del Estado, don Juan Mora Fernández, con su cara baironiana, y el Ministro Calvo, con la suya, de formas y perfiles más americanos... Lo que sí sabemos por documentos oficiales, es que hubo buena voluntad en todos para hacer a La Mar un recibimiento cordial."

Encontrábase la capital "tica" entregada a los festejos preparados para honrar al "Presidente del Perú", cuando otra bomba sembró el espanto en todos los espíritus. *La Mercedes*, fondeada en aguas costarriqueñas, fué apresada por el buque corsario colombiano *La Boliviana*, que saliera de por aquí, acaso, con el propósito de apoderarse de La Mar; y no sólo apropióse de *La Mercedes*, sino también de otra goleta centroamericana, denominada *Bretaña*. Colombia repudió el atentado. El capitán del buque corsario fué apresado en Panamá, y un tribunal de marina lo sometió a juicio en Guayaquil. Ese atentado contra la soberanía centroamericana, motivó un cambio de notas entre el Ministro Calvo y el Canciller Pando, del Perú; y éste hizo saber al Gobierno de Costa Rica, que la revolución de junio no había sido obra de Gamarra sino de la Nación entera, "justamente cansada de la debilidad del pasado régimen y de los desaciertos de un Jefe que, sin legitimidad en su elección, ni cordura en sus determinaciones, había conducido al Perú casi al borde del precipicio, empeñándole en una guerra tan insensata como fratricida", declaración que, elocuentemente, revela los designios del gamarrismo cuando procedió a "amarrar" al Jefe del Estado.

La Mar, después de permanecer varios días en San José muy festejado, trasladóse a Cartago, ciudad próxima al Atlántico y distante de San José unas seis leguas. El lugar, antigua capital colonial de Costa Rica, podía recordarle algo a Cuenca, "por su relativa elevación, por sus añejas costumbres y por su tradicionalismo religioso"; y allí "llevó una vida de recogimiento y amargura, sólo con sus recuerdos, tal vez con sus remordimientos"; sin familia que endulzara sus últimos días y con sólo la compañía del Coronel Pedro Bermúdez. En

la mañana del 12 de octubre de 1830, durmióse en la paz de los justos; de 1830, del año que también presenció el desfile, hacia mundos mejores, de Sucre y del Libertador Bolívar.

*

* *

Al estudiar la documentación publicada por el doctor Manuel Vicente Villarán en su libro "Narración biográfica del Gran Mariscal don José de La Mar" (Lima 1847), nos sale al encuentro el nombre de una dama peruana que, por estar muy bien relacionada en San José de Costa Rica, consiguió algo insólito: que a título, no de consorte ni de simple pariente de La Mar, sino de buena amiga y buena peruana deseosa de cumplir la última voluntad del prócer, el Jefe del Estado, General don Francisco Morazán, le entregase a un comisionado de ella, los restos de aquél, trasladados de Cartago a la iglesia parroquial de San José. Esos restos salieron de Costa Rica en abril de 1844, en rica urna, costeada por Morazán, y conservólos la señora Otoya aproximadamente tres años, pues todavía el 2 de marzo de 1847 recibieron sepultura oficial en el cementerio general de Lima.

La dama peruana que guardó los despojos de La Mar aquellos tres años, después de hacerlos traer a sus expensas desde Costa Rica, fué doña Francisca Otoya de Steiples, nacida, según apariencias, en Paita y radicada en San José desde 1826 según González Víquez, hasta 1841, y tía, según se presume, de don Francisco Otoya Seminario, caballero piurano que radicóse en la capital josefina, desde más o menos, 1847, donde fué tronco de estimable familia.

El marido de doña Francisca fué don Jorge Steiples, alemán, oriundo de Hannover, quien, a los quince años, cerró sus libros de estudiante para alistarse en el ejército prusiano, batirse en Dresde y Leipzig y recibir un balazo en el cerebro, en la batalla de Waterloo, herida grave que, a la larga, le hizo perder el uso de un ojo. Cuando se sintió convaleciente, Steiples y tres compañeros más se vinieron a la América del Sur, y don Jorge—quien proporciona estos datos, es el diplomático y viajero norteamericano Stephens—alistóse en el ejército del Perú y casó con doña Francisca, a quien se le denomina "una Hija del Sol". Ya casado, don Jorge se hizo mercader, y con su consorte se estableció en San José de Costa Rica, en donde dedicóse a la agricultura, la minería y el comercio. Fué según González Víquez, uno de los primeros hacendados que hubo en Las Pavas, y un vigoroso propulsor del cultivo y la exportación del café.

John L. Stephens, en su obra acerca de la América Central, Yucatán y Chiapas, nos da a saber que hacia fines de 1839 o comienzos de 1840, época de su permanencia entre los "ticos", la casa de los Steiples tenía todo el estilo de la hospitalidad europea; como que en ella vivían tres extranjeros más: el británico Squire, el norteamericano Lawrence y el alemán don Eduardo Wallerstein. Sin que podamos suponer que el hogár de doña Francisca era una casa de huéspedes, de hecho lo era, y a ella llegaban como a una hospedería amable, los forasteros, atraídos por la rumbosidad con que los atendían, tanto don Jorge como "doña Panchita", o "la paiteña."

No hay, pues, por qué no admitir, hipotéticamente, que los contados días de permanencia de La Mar en San José, discurrieron en la casa de los Steiples. La señora era peruana; la casa tenía grandes comodidades; el Estado no disponía de muchas moradas opulentas para alojar a un huésped de la categoría del Expresidente; don Jorge Steiples había servido, según Stephens, en el ejército libertador del Perú, y acaso conocido, a lo largo de las campañas redentoras, a La Mar, que tal vez era su amigo. No olvidemos, por otra parte, que La Mar tenía muchas características de su abolengo británico, así por su talla, el color de la piel, su apostura, sus máneras. Todo en él concurría como para adaptarse a la psicología del hijo de Hannover casado con la peruana doña Francisca Otoya.

*
* *

Según apuntes del General Icaza, que aprovecha Alayza y Paz Soldán, la estatura de La Mar era procera; hermosas sus facciones; elegante y marcial la apostura. Su mirada "era seria, viva y bondadosa, su hablar dulce, elocuente y persuasivo". El mismo Icaza agrega que, dotado el Mariscal de gran capacidad y esmerada educación, "hacía su trato afable y subyugante". Y el Coronel don Miguel Valle-Riestra, cuñado del Vicealmirante Guise y marido de la dama guayaquileña doña Rosa Vernaza, refería le al propio Alayza—este distinguido escritor aún en sus años mozos—que La Mar era delgado y muy pálido; que tenía hermoso rostro, "alta la frente y la mirada triste"; que los ojos eran de color "caramelo claro" y los bigotes casi rubios y finos, como era fino todo en él. En fin, que muy bien veníanle el uniforme azul claro y las plumas del sombrero, que lo levantaban algo más.

Cuando José de La Mar puso los pies en suelo de Costa Rica, tenía 53 años, y aun cuando muy aporreado por los azares de tantas campañas guerreras, y amargado por la traición, su aspecto no era, entonces, el de un hombre doblegado ni por la edad ni por el enorme despliegue de energías. Firme, erecto, de despejada mente y culto lenguaje, trasuntaba en todo su recia personalidad. Recia personalidad que llegara, en el servicio del rey absolutista, a Mariscal de Campo y a merecer la cruz de San Hermenegildo; que fuera digno, ante el concepto de sus camaradas, de reemplazar en el Virreinato al Marqués de Viluma en cuanto éste fuera depuesto por orden de las logias que obraban de acuerdo con los constitucionalistas de Cádiz, como se lo hizo saber don Pedro Abadía por encargo del realismo; que por San Martín fuera considerado acreedor a ostentar la investidura de General de División de los patriotas; que según opinión de Torres-Tagle debiera ser elevado a Gran Mariscal; que según Bolívar era el más señalado para ocupar el Gobierno; que en concepto de sus contemporáneos fuera dechado de probidad y hombría, y tanto que a Nieto le aplicaron el cognomento de "segundo tomo de La Mar", y que según Luna Pizarro, fuera el llamado a presidir la naciente república, ya lejos el Libertador y rechazada la carta vitalicia.

Carecemos de documentación acerca de las prendas físicas y de las actividades de doña Francisca Otoya. Alayza la denomina "especie de Madame Recamier peruana", y dice que ella y La Mar se conocieron en Piura. ¿En qué oportunidad sería aquello? Porque en 1829, cuando La Mar fué "amarrado", la Otoya, si hemos de creer a González Víquez, comía pan, desde 1826, en San José de Costa Rica. Es, pues, más probable que La Mar, viudo de doña Josefa Rocafuerte y ya reflexionando tal vez en la conveniencia de sus segundas nupcias con su relacionada guayaquileña doña Angela Elizalde y de La Mar, conoció a la mujer de Steiples en San José, oportunidad en la cual, casi seguramente, recibió de ésta y de su marido, atenciones, y se estableció entre el prócer y la hija de Paita franca corriente de simpatía. Simpatía, hija de la admiración. ¿Por qué imaginar que de tal simpatía derivaron "misteriosos" amores—platónicos o culpables—, si no hay ningún documento que así lo haga sospechar? Pasión hubo, sí. Pero, ¿de qué matiz y en pos de qué finalidad? Una carta del caballero alemán don Eduardo Wallerstein, huésped "por muchos años" de los Steiples, dirigida a doña Francisca, ésta ya en Paita, el 11 de abril de 1844, tiene estas líneas: "Le remito a U., pues, la urna venerable que contiene los huesos del General La Mar, sellada y acompañada de los comprobantes de su identidad. Al recibirla, tendrá U. la satisfacción de *tributar un obsequioso homenaje a su patria,* y de haber llenado los deberes de la sincera amistad que cultivó con su compatriota." (El subrayado es nuestro.)

Por su parte, la propia doña Francisca, desde Piura, con fecha 6 de mayo de 1845, le escribió al Ministro de Gobierno: "Los restos del Ilmo. Gran Mariscal don José de La Mar los tengo en mi poder, mandados entregar por las autoridades de Costa Rica, que han cedido a mis súplicas y al influjo de mis relaciones en aquel país. Los documentos que exhibiré oportunamente, garantizarán la realidad y la identidad del depósito. Ahora que se halla al frente de los destinos del Perú, un veterano de la Independencia, amigo del General La Mar, que sintió y experimentó de cerca sus relevantes prendas y supo admirarlas y apreciarlas; es el tiempo de hacer la denuncia y revelación de tan precioso depósito. Al dirigirme a Us. con el fin de que avise esto a S. E. el Presidente,... siento la más viva emoción con los recuerdos de tan recomendable ciudadano, que hizo las delicias de sus amigos y dió glorias a su patria."

Si, según el Obispo de Meaux, el amor es la pasión que sintetiza todas las once pasiones que distingue Santo Tomás, los documentos que preceden nos dicen que en doña Francisca, "la paiteña", dominó el amor. El amor a la patria lejana y a la cual retornó sola; a cuyo suelo pugnó por que volvieran los huesos sagrados del noble amigo cuyas confidencias supo recoger e interpretar con ejemplar devoción. Y si en la esposa del alemán Steiples alguna semejanza hubo con María Magdalena, por su acción patriótica, sea por la posteridad perdonada, tal como la mujer del Calvario quedó purificada por su amor a Jesús.

Lima, 1942.

Bibliografía.—**Manuel Vicente Villarán:** "Narración biográfica del Gran Mariscal don José de La Mar" (Lima, 1847); **Luis Alayza** y **Paz Soldán:** "El Gran Ma-

riscal José de La Mar" (Lima, 1941); **José A. de Lavalle** y **Domingo de Vivero:** "Gobernantes del Perú Independiente" (Barcelona, 1909); **John L. Stephens:** "Incidentes de viaje en Centro América, Chiapas y Yucatán", versión española de Benjamín Mazariegos Santjzo, en dos tomos (Quezaltenango, Guatemala, 1939 y 1940); **Vicente Rocafuerte:** "A la Nación" (Quito, 1909); **Cleto González Víquez:** "Peruanos ilustres en Costa Rica" ("Revista de Costa Rica", agosto, 1925); **Diego Carbonell:** "Temas Psicofisiológicos de abstracción y de experiencia" (Buenos Aires, 1940); **Enrique D. Tovar y R.:** "El General Morazán en la Historia del Perú" (Tegucigalpa, 1935.)

El recital de órgano

Ejecutado el domingo 24 de enero de 1943 en la Catedral Metropolitana por el artista Carlos Enrique Vargas Méndez

Por el Prof. José Dávila S.

Consecuentes en el propósito cultural de la Revista de los Archivos, vamos a tratar de hacer familiares en el selecto público de nuestros lectores las ideas actuales que hacen comprender y apreciar debidamente los hechos de orden social, político o artístico, etc., que ahora afectan a nuestra sociedad; y como introducción a una nota sobre el recital de órgano ejecutado en la Catedral Metropolitana de nuestra capital el domingo 24 de enero de este año que nos presentó de nuevo a uno de nuestros excelsos artistas, Carlos Enrique Vargas Méndez.

Para situar la música religiosa, objeto de este recital, en el lugar prominente que le toca en la más etérea de las bellas artes, como lenguaje de la emoción religiosa que puede ser y es frecuentemente la más profunda e intensa del alma humana, seguimos el curso de las ideas de Jacques Maritain en su ensayo sobre "La experiencia mística natural y el vacío" (comunicación al Cuarto Congreso de Psicología Religiosa, Avon-Fontaineblau 21, 23 de setiembre de 1938, Cap. III del libro del mismo autor: "Quatre Essaies sur l'Esprit, dans sa condition charnelle 1982 Desclée De Brouwer et Cie. Editeurs. París").

Trata el autor de exponer y ordenar en él, en una especie de esquema sintético, los principales elementos de interpretación, y de clasificar los fenómenos que estudia, recogidos en informaciones de orden histórico y experimental. El que esto escribe no puede por la brevedad del tiempo y del espacio disponibles hacer otra cosa más que entresacar ideas y frases de este libro y de otros que citará para el propósito de esta nota. Según el gran escritor citado la "experiencia mística es una experiencia fruitiva de lo absoluto" una especie de conocimiento por connaturalidad afectiva que interesa la vida humana de la manera más general y más común, porque es de orden práctico y ético. El conocimiento por connaturalidad afectiva o tendencial está en los propósitos